

REVISIÓN DE OBRAS. VIAJE A ESPAÑA DE ALEJANDRO DUMAS*

No somos los míseros humanos que pertenecemos a la noble e hijodalga raza española los más afortunados para que nos juzguen los viajeros. O realmente somos en el mundo una mala semilla, o tenemos alguna cosa más que desgracia, es decir, la fatalidad de que nos visiten personas que no nos alaban. Diga, pues, la noble ciudad de México cómo la han puesto Miguel Chevalier y Lowestern, hombres por otra parte de muy buen talento y bastante instrucción. Dígalo también la muy más noble de España con otros viajeros que no han encontrado más que contrabandistas y ladrones. Cuando escribe un inglés, solo habla de minas, vegetales, lanas, caballos, manufacturas, y en cuanto a las gentes, las nombra por incidente, es decir, porque labran la tierra o porque crían el ganado. Como tenemos algunas malas prevenciones contra los viajeros y todos, sea dicho en general y con perdón de su talento y de los riesgos que pasan en sus expediciones, nos parecen mentirosos, ligeros y exagerados en sus narraciones, devoramos con ansia dos tomitos únicos que hasta ahora han llegado a esta capital, que contienen un viaje de París a Cádiz que el célebre autor de *Montecristo* hizo con motivo del casamiento del duque de Montpensier.

El lector no debe esperar datos estadísticos ni observaciones barométricas ni descubrimientos botánicos, sino la descripción fluida y sencilla de las impresiones que recibe Dumas al pisar la tierra de San Fernando, de Cortés y del Cid. Sin embargo, creemos que es superior en mérito su viaje a Suiza y a las orillas del Rin, y no por falta de motivo, porque a fe que España abunda en recuerdos históricos y en tradiciones llenas de encanto y poesía. Es de extrañar también que Dumas, tan afecto a recordar la vida de los artistas y a examinar las obras de arquitectura y de pintura, nada nos haya dicho de esas vírgenes admirables de Murillo, de esos magníficos santos de Ribera y Velázquez.

El estilo que Dumas adoptó al escribir este viaje es el epistolar, y las primeras cartas que dirige a una señora, cuyo nombre no menciona, las consagra a hablar de sí propio y a otros pormenores poco importantes, relativos a las personas que lo acompañaban.

En seguida refiere la impresión agradable que le causó el beber una taza de buen chocolate. Le agradó sobremanera, hasta el grado que él y sus compañeros, entre los cuales figuraba su hijo Alejandro, se propusieron beber a la hora del almuerzo sobre cinco tazas de chocolate. No sucedió lo mismo con la olla podrida, que solo la gusta-

* Dumas, Alejandro, «Revisión de obras. Viaje a España de Alejandro Dumas», *El Álbum Mexicano*, I (1849), pp. 119-124.
https://books.google.es/books?id=G7QsAAAAYAAJ&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false
Primera entrega. Firma el artículo M. P., Manuel Payno, autor de la introducción y traductor del texto de Alexandre Dumas.

ron una vez, lo cual no obsta para que la olla española, y particularmente la podrida, sea un plato excelente.

Dumas no dejó de tener las dos aventuras que precisamente tienen los extranjeros en todo país español, a saber: el coche quebrado en medio de un camino y los ladrones. Las aventuras no fueron completas, porque del vuelco que dio el coche en el camino de Madrid a Toledo no resultó ninguno de los viajeros con un brazo o pierna rota, y los ladrones se retiraron tan luego como los franceses se dispusieron a usar de sus armas de fuego.

Dumas encuentra a Madrid lleno de gente, y de vida y movimiento, a consecuencia de las bodas del duque de Montpensier; asiste al salón del recreo del teatro con Carlos Latorre y Julián Romea; va al Prado del brazo con Ventura de la Vega; almuerza con el duque de Osuna; va a los toros con Roca Togores, y predice que debería llegar a ser ministro de Estado.

Seguiremos, pues, al autor de *Montecristo* y de *La guerra de las mujeres* a los toros, que ve por la primera vez de su vida. Hemos creído hacer a nuestros suscritores un obsequio, traduciendo íntegramente la descripción que hace de esta diversión, tanto más cuanto que, siendo también común en México, puede calificarse la exactitud de la narración.

Madrid, 12. Por la tarde.

Vivimos, señoras, en tal torbellino, que hace cuarenta y ocho horas que no os escribo. Estas cuarenta y ocho horas las he pasado en medio de una continua fantasmagoría, y durante este tiempo no puedo decir que he visto, sino que he creído ver fiestas, iluminaciones, bailes y corridas de toros, y todo esto con la velocidad que se mudan las decoraciones de una comedia de magia.

Nos habéis dejado empujándonos y espachurrándonos en uno de esos corredores oscuros que conducen a esta moderna Torre de Babel que se llama circo. A la extremidad de este corredor encontramos la luz y tuvimos que contenernos, deslumbrados, ciegos y casi desvanecidos.

El que no ha visto esta resplandeciente España no tiene idea de lo que es el sol, y el que no ha oído el rumor de un circo no tiene idea de lo que es el ruido.

Figuraos, señora, un anfiteatro parecido al hipódromo, conteniendo quince mil personas colocadas sobre unas gradas, que cuestan más o menos caro según se compran los boletos, es decir, de sombra, de sol, y sol y sombra.

Los espectadores que tienen boletos de sol permanecen, mientras dura el espectáculo, sufriendo el calor devorador del astro del día.

Los que tienen boletos de sol y sombra son aquellos que debe proteger el movimiento diurno de la tierra, y durante un cierto tiempo se hallan al abrigo del sol.

En fin, los que compran boletos de sombra son los que desde el principio al final del espectáculo están al abrigo del sol. Es menester advertiros que nosotros teníamos boletos de sombra.

Nuestro primer movimiento al entrar en este círculo de fuego fue retroceder espantados. Jamás habíamos oído gritos semejantes, ni habíamos visto agitarse a un tiempo tantos paraguas, tantas sombrillas, tantos abanicos y tantos pañuelos.

Ved, pues, la escena que presentaba la plaza cuando entramos. Nos colocamos precisamente frente del toril. Uno de los locos acaba de recibir de las manos de un alguacil la llave de la puerta, adornada de listones. A la izquierda del toro que iba a salir, se hallan montados en sus sillas árabes y con la garrocha en la mano tres picadores. El resto de la cuadrilla, es decir, los chulos, los banderilleros y los toreros, o matadores, estaban a la derecha dispersos aquí y acullá como los peones en un tablero de ajedrez.

Explicaremos, en primer lugar, lo que es el picador, el chulo, el banderillero y el torero, y después trataremos de hacer visible a nuestros lectores el teatro de sus campañas.

En nuestra opinión, el picador es el que corre más riesgos de todos. El hombre a caballo, con la garrocha en la mano, espera el ataque del toro. Esta lanza o garrocha no es un arma, sino solamente un agujijón. El fierro que la guarnece no tiene más que la capacidad necesaria para traspasar la piel del animal, de manera que la herida que hace el picador no puede tener más resultado de duplicar la cólera del toro, y exponer al hombre y al caballo a un ataque tan fuerte cuanto es intenso el dolor.

El picador corre dos peligros, el de ser ensartado por el toro o machucado por el caballo.

Los chulos son los que, agitando ante los ojos del toro una capa, verde, azul o amarilla, distraen su rabia, pronta a cebarse en un caballo derribado o en un picador que ha perdido los estribos.

La misión de los banderilleros es no permitir que se calme la cólera del toro. En el momento en que la fiera deslumbrada y fatigada revuelve sobre sí misma, le plantan en las dos espaldas las banderillas, que son unas varitas delgadas, adornadas de papel picado de todos colores. Estas banderillas se clavan por medio de una pequeña púa de fierro, que tiene la punta semejante a la de un anzuelo.

El torero, o primera espada, es el rey de la escena: a él pertenece la plaza; es el general que dirige la batalla, el jefe cuyo gesto es obedecido pasivamente por todos. El toro mismo, sin saberlo, está sometido a su poder, pues, cuando la hora de la última lucha ha llegado, le conduce, por medio de los chulos, al lugar que le acomoda, ya en el sol, ya en la sombra, y como probablemente la querida del torero está en la plaza, delante de ella vendrá a espiar el toro, herido por la terrible espada.

En cada corrida hay dos o tres picadores de reserva, y otros tantos chulos y banderilleros, con el fin de suplir inmediatamente a los que resulten inutilizados.

El número de toreros no es fijo. En esta corrida había tres: Cúchares, Lucas Blanco y el Salamancaquino.

De estos tres, Cúchares solamente tenía un nombre famoso.

Picadores, chulos, banderilleros y toreros están vestidos con una primorosa elegancia. Chaquetillas de raso verde, rosa o azules, bordadas de oro y de plata; chalecos por el estilo de las chaquetas, llenos de botones y alamares de plata y oro; calzón corto y media de seda, el cuerpo ceñido con una banda nácar, y la cabeza adornada con una redecilla de seda negra.

Ahora pasemos de los actores al teatro.

Al derredor de la plaza, majestuosa como un circo del tiempo de Tito o de Vespasiano, hay una valla de madera de la altura de seis pies y formando un círculo, donde

están encerrados todos los personajes que acabamos de describir, desde los picadores hasta la primera espada.

Esta valla está pintada de colorado en su parte superior y de negro en su parte inferior. Estas dos partes, de desiguales dimensiones, están separadas por un barrote de madera pintado de blanco y destinado a servir de estribo a los chulos, banderilleros y toreros, perseguidos por el toro. Ponen un pie sobre el estribo y con la ayuda de las manos se lanzan al lado opuesto. Esto se llama *tomar valla*; pero es muy raro que la primera espada se decida a este extremo, y más bien prefiere capotear al toro que huir de él.

Del otro lado de esta valla hay otra barrera circular que se llama contravalla, y entre una y otra forman un pasadizo donde saltan los chulos y banderilleros, y donde permanecen los picadores de remuda y los alguaciles.

Digamos ahora una palabra sobre el carnicero.

El carnicero es el ejecutor de grandes operaciones. Su oficio casi es infame. Cuando el toro cae herido por la espada del torero, y a pesar de esto, levanta su cabeza sangrienta, mugiendo dolorosamente; el carnicero se monta en la valla, salta con precaución a la plaza y se desliza tortuosamente, como el gato y el chacal, hacia donde el animal está echado, y traidoramente le da el golpe mortal con un arma que tiene la forma de un corazón. Separa por lo común la segunda vértebra del cuello, y el toro cae como herido por un rayo. Concluida esta ejecución, el carnicero, siempre con un paso oblicuo, salta la valla y desaparece.

Esta primera valla, que saltan como hemos dicho los chulos y banderilleros, no es siempre un refugio seguro. Frecuentemente se ve en las corridas saltar a los toros la valla con la misma facilidad que los caballos ingleses de caza las zanjas y matorrales. Una de las pinturas de Goya representa al alcalde de Torrejón miserablemente pisado por un toro saltador.

Yo mismo he visto en las fiestas reales saltar un toro tres veces consecutivas de la plaza a la valla.

Entonces, con la misma agilidad con que han saltado de la plaza al pasadizo, saltan del pasadizo a la plaza; los mozos abren una puerta, y el toro, que revuelve furioso en este pequeño espacio, viendo el camino abierto, vuelve a entrar de nuevo en la liza, donde le esperan sus enemigos.

Algunas ocasiones la plaza se divide en dos partes, y esto acontece cuando el local es demasiado grande. En la plaza mayor, por ejemplo, donde se hacen dos corridas a la vez, sucedió un día que saltaran los dos toros de la plaza al pasadizo, corrieron el uno sobre el otro, y se mataron.

La valla está interrumpida por cuatro puertas situadas en los puntos cardinales: dos de estas puertas están irrevocablemente destinadas a dejar entrar los toros vivos y dejar salir a los toros muertos.

Detrás de la contravalla comienzan inmediatamente las gradas que forman el anfiteatro, y estas gradas están cubiertas de espectadores.

La música está colocada precisamente encima del toril.

El toril es el lugar donde están encerrados los toros.

Los toros destinados a combatir son generalmente escogidos de los potreros más solitarios: los traen a Madrid durante la noche y los encierran en el toril, donde cada

uno tiene su establo particular. Para irritarlos todavía más, se les priva de alimento durante las diez o doce horas que pasan en su prisión, y al salir a la plaza, para despertar hasta el último grado la furia del animal, se les pega en la espaldilla una flor, llena de listones con los colores de su propietario o propietarios.

Esta flor es el objeto de la ambición de los picadores y chulos. Es un regalo encantador para una querida.

Una vez que os he dado una perfecta idea de la escena, volvamos al espectáculo.

Nosotros estábamos, como he tenido el honor de deciros, precisamente enfrente del toril. A nuestra derecha teníamos el palco de la reina, y a nuestra izquierda, al ayuntamiento.

Miramos todo lo que os he referido con la agonía de quien espera una cosa terrible, el rostro pálido y las miradas llenas de espanto. A mi izquierda se hallaba Roca Togores, este poeta encantador de quien ya he hablado. A mi derecha estaba mi hijo Alejandro, y después seguían Maquet y Boulanger. Giraud y Desbarrolles, vestidos absolutamente como andaluces, se hallaban de pie en la segunda grada y, como habían asistido a diez corridas, nos miraban con una especie de lástima, como los viejos granaderos de la Guardia veían a los jóvenes conscriptos.

El mozo abrió la puerta del toril guareciéndose detrás de ella. El toro apareció, avanzó diez pasos y se detuvo deslumbrado con la luz, aturdido con el ruido.

Era un toro prieto, con los colores de Osuna y de Veragua.

Su boca estaba blanca con la espuma; sus miradas parecían dos rayos de fuego.

Confieso que, en cuanto a mí, el corazón me latía como si fuese a ser testigo de un desafío.

—Mirad, mirad con atención —me dijo Roca Togores—; el toro es muy bueno.

Apenas Roca me acaba decir estas palabras, cuando el toro, que parecía querer realizar la profecía, se precipitó sobre el primer picador.

Inútilmente intentó este contenerlo con la garrocha: el toro dobló el fierro y, acometiendo al caballo por el encuentro, le enterró hasta el corazón uno de los cuernos.

El caballo, un momento soliviado por el toro, dejó el suelo y batió el aire con sus cuatro pies.

El picador, persuadido que su caballo estaba muerto, abandonó prontamente los estribos y se refugió a la valla, con tal oportunidad que al mismo tiempo que el pobre caballo caía por un lado, por el otro saltaba el jinete al pasadizo.

El caballo intentó levantarse: la sangre brotaba de su encuentro por dos agujeros como brota el agua de dos bitoques. Vaciló, pues, un instante, y después cayó. El toro se encarnizó, y en menos de un segundo le hizo diez o doce heridas más.

—¡Bueno! —me dijo Roca—, es un excelente toro.

Me volví hacia mis compañeros: Boulanger había podido soportar la escena, pero Alejandro estaba demasiado pálido y Maquet limpiaba su frente cubierta de sudor.

El segundo picador, viendo al toro encarnizado con el moribundo caballo, dejó la valla y vino sobre él. Aunque hubiese tenido la precaución de vendar los ojos de su caballo, este se enarcaba y paraba de manos, porque instintivamente conocía que se le llevaba delante de la muerte.

El toro apenas vio este nuevo antagonista cuando se lanzó sobre él. Lo que pasó fue rápido como el pensamiento. En un segundo el caballo fue derribado de espaldas, y cayó con todo su peso sobre el pecho del picador.

Nosotros escuchamos, si es posible decirlo, el crujido de los huesos.

Entonces un aplauso universal se escuchó. Veinte mil voces exclamaron a un tiempo:

—¡Bravo, bravo! ¡Bravo, toro!

Roca gritaba como todos, y yo involuntariamente gritaba como Roca:

—¡Bravo, toro, bravo!

En efecto, el animal era soberbio. Todo su cuerpo [era] negro como el azabache, y la sangre de sus dos adversarios que corría por su cabeza y cuello parecía un peinado de púrpura.

—¡Eh! —me dijo Roca—. ¡Cuando os decía que era un toro magnífico...!

Cúchares era el torero de esta corrida. Hizo una señal, y toda la tropa de chulos y de toreros envolvió al toro. En medio de esta tropa se hallaba Lucas Blanco, otro torero a quien ya he mencionado, y que era un hermoso joven de veinte a veinticinco años que solamente hacía dos años que había comenzado a matar.

A fuerza de agitar sus capas, los chulos, ante los ojos del toro, consiguieron distraerlo. Levantó un momento la cabeza, miró un instante el mundo de enemigos que le rodeaba y las capas resplandecientes con el sol, y se lanzó sobre Lucas Blanco, que era más cercano.

Lucas se contentó con girar sobre el talón con una gracia y tranquilidad infinitas. El toro pasó.

Los chulos, perseguidos a todo escape, alcanzaron la valla. El último de ellos podía sentir el aliento del animal quemar sus espaldas.

Llegados a la valla, volaron por encima, y la palabra más propia es *volaron* porque merced a sus grandes capas, rosas, amarillas y verdes, parecían una parvada de pájaros con las alas extendidas.

Los cuernos del toro se enterraron en la valla y clavaron contra la madera la capa que el último chulo arrojó sobre la cabeza del toro al tiempo de saltar a la valla.

El toro arrancó sus cuernos de las tablas y permaneció un instante peinado con la capa rosada del chulo, sin poder desembarazarse de esta capa que, chupando la sangre que el animal tenía sobre sus espaldas, se teñía de grandes manchas de púrpura.

El animal manoteaba queriendo desembarazarse de la capa. Un instante revolvió furioso sobre sí mismo, como si se hubiese vuelto loco; después destrozó la capa, quedándole solo un fragmento prendido en un cuerno, como una banderola.

En el momento que pudo ver, abarcó toda la plaza con una rápida y sombría mirada.

Detrás de la valla asomaban las cabezas de los chulos fugitivos, prontos a saltar de nuevo a la plaza tan luego como el toro se alejara.

En dos puntos paralelos permanecían Lucas Blanco y Cúchares, tranquilos y mirándose mutuamente.

Tres hombres ayudaban al picador a salir de debajo de su caballo y pretendían ponerlo en pie. El picador vacilaba, a pesar de sus gruesas piernas; estaba pálido como la muerte y una espuma sangrienta teñía sus labios.

De los dos caballos, el uno había muerto, el otro agonizaba.

El tercer picador, único que había quedado sobre el caballo, estaba inmóvil como una estatua de bronce.

Después de una rápida investigación, el toro fijó su idea y su mirada, y se detuvo en el grupo que conducía al picador herido.

Rascó la arena con las manos y la aventó hasta las gradas; bajó sus narices y olió el surco que acababa de hacer, lanzó un terrible mugido y se precipitó sobre el grupo.

Los tres hombres que conducían al herido lo abandonaron y corrieron hacia la valla.

El picador, casi desmayado, pero conservando el instinto de la propia defensa, dio dos pasos, alzó un instante los brazos en el aire y, al intentar el tercer paso, cayó en tierra.

El toro se dirigió sobre él; pero en su camino encontró un obstáculo.

El tercer picador al fin se movió, y se había colocado entre el animal furioso y su camarada herido. El toro dobló la garrocha, como si fuera la varilla de un rosal, y al pasar dio una cornada al caballo. Este, gravemente herido, giró sobre los pies y condujo al picador hasta la otra extremidad de la plaza.

El toro vaciló entre el picador herido y el caballo moribundo. Se decidió por el último, y le dio tres o cuatro heridas, dejando en una de ellas el jirón de capa de que hemos hablado. Después se volteó hacia el hombre a quien Lucas Blanco ayudaba a levantarse.

Se escuchó el estallido de los aplausos de toda la concurrencia, y las frases «¡Bravo, toro, bravo, toro!» se escuchaban por todas partes. Algunos, más entusiastas, le llamaban «muchacho lindo, toro querido».

Por fin, el toro, un momento indeciso, se lanzó sobre el picador herido y Lucas Blanco. Este dio un paso de lado y extendió su capa entre él y el herido. El toro, engañado, envistió la capa movediza.

Miré a mis compañeros. Boulanger estaba pálido. Mi hijo Alejandro, verde. Maquet, como la ninfa Biblis, se deshacía en agua. En cuanto a mí, si hubiera tenido un espejo habría podido decirnos cómo estaba. Lo que puedo asegurar es que estaba muy conmovido, y que no sentía absolutamente nada de ese disgusto que había esperado. Yo, que corro cuando veo a una cocinera que mata un pollo, no podía quitar mis ojos de ese toro que había matado tres caballos y herido a un hombre.

Lucas Blanco fue quien ofreció de nuevo el combate al toro, que se había contenido un momento. Lanzose sobre él y como la primera vez, con solo su capa, evitó el choque.

Mientras esto pasaba, chulos y banderilleros habían descendido a la plaza, y el picador herido, con ayuda de los mozos, había llegado a la valla.

Toda la cuadrilla rodeaba al toro, agitando sus capas; pero el toro no tenía miradas más que para Lucas Blanco. Era una lucha entre él y este hombre, y ninguna cosa podía distraerlo.

Cuando un toro mira de esta manera a un hombre, se dice generalmente que es hombre muerto.

—Vais a ver —me dijo Roca poniéndome el brazo en la espalda.

—¡Atrás, Lucas, atrás! —gritaron a un tiempo los chulos y banderilleros.

—¡Atrás, Lucas! —gritó Cúchares.

Lucas miró con desdén al toro.

El toro se dirigió sobre Lucas con la cabeza baja; Lucas entonces puso un pie entre los dos cuernos del toro, y saltó por sobre su cabeza.

Entonces no fueron aplausos, sino rugidos.

—¡Bravo, Lucas! ¡Bravo! ¡Viva Lucas! —exclamaron veinte mil voces.

Los hombres arrojaban sus sombreros, las mujeres, sus abanicos, ramos de flores y pañuelos.

Lucas saludaba sonriendo, como si hubiera jugado con una cabrilla.

Mis compañeros, pálidos y sudorosos como estaban, aplaudían y gritaban como los demás.

Pero ni estos gritos ni estos aplausos distraían al toro de sus deseos de venganza. En medio de todos esos hombres estaba Lucas, y el toro lo seguía con sus miradas de fuego. Lanzose por fin sobre él, despreciando todas las capas encarnadas y azules que revolaban ante sus ojos.

Lucas evitó como antes al toro por medio de una diestra vuelta.

Pero el animal, que solo estaba a cuatro pasos de distancia, revolvió furioso sin darle tregua. Lucas le arrojó su capa a la cabeza y corrió hacia la valla.

Cubierto un instante el toro con la capa, dejó a su enemigo avanzar una docena de pasos; pero, rota la capa, el toro siguió y continuó su persecución.

Era una cuestión de agilidad. ¿Lucas llegaría a la valla antes que el toro?

Lucas puso el pie sobre un ramillete de flores húmedas, se resbaló y cayó al suelo.

Un grito arrojado por veinte mil espectadores se escuchó: después siguió un profundo silencio.

Pasó como una nube delante de mis ojos y, al través de esa nube, vi un hombre arrojado a quince pies de altura. ¡Cosa extraña! En medio de este vértigo, todos los pormenores del vestido de este pobre Lucas se me representaron: su chaleco azul bordado de plata, su chaqueta rosada, sus pantalones blancos llenos de pasamanería.

Lucas cayó y el toro lo aguardaba; pero otro adversario aguardaba al toro. Era el primer picador montado en un caballo fresco, que se lanzó sobre el animal en el mismo instante en que este bajaba sus cuernos para destrozar a Lucas.

El toro, sintiéndose herido, levantó la cabeza y, como si hubiese estado seguro de encontrar a Lucas donde le dejaba, se lanzó sobre el picador.

Apenas había dado el toro dos pasos, cuando Lucas se levantó y saludó al público riéndose. Por un milagro, el animal había lanzado con la frente en el aire a Lucas sin que los cuernos tocaran su cuerpo, y por otro milagro no se había lastimado al caer.

Un inmenso rumor de alegría recorrió toda la plaza. La respiración había vuelto a veinte mil personas.

Maquet casi estaba desmayado. Alejandro pidió un vaso de agua.

En ese momento se escuchó un gran rumor, y las trompetas sonaron.

Dumas concluye su carta dejando al lector profundamente interesado en saber la suerte que por fin tuvieron los toreros españoles. En efecto, ha sabido dar un interés dramático a la simple y sencilla narración de una corrida de toros, espectáculo que sin

duda no ha ocupado la pluma de ningún autor español si no es en el sentido de la crítica. El trozo que hemos traducido nos parece que puede presentarse como un modelo de estilo descriptivo y que además da a conocer la impresión que hace en un extranjero una diversión que es para los que están acostumbrados muy poco interesante o fastidiosa y bárbara. No obstante, los suscritores del *Álbum* apreciarán sin duda la minuciosa exactitud de Dumas, notando cuán semejante es una corrida de toros en España. Extrañamos únicamente entre la cuadrilla de toreros a los *locos*, que tanta popularidad tienen en México entre la gente que concurre al sol.

En el número siguiente continuaremos la traducción de algunos otros fragmentos importantes, tales como el de la descripción del Escorial, de Granada y del Generalife.